

Unese Albur-  
querque á  
Cuesta.

Batalla de  
Medellin.

de sus soldados. Entró Cuesta en Medellín el 22, y se alejó de allí, queriendo esquivar toda pelea hasta que se le uniese el duque de Alburquerque, lo cual se verificó en la tarde del 27 en Villanueva de la Serena, viniendo, segun en su lugar dijimos, de la Mancha.

Juntas todas nuestras fuerzas, revolvió el general Cuesta sobre Medellín en la mañana del 28, resuelto á ofrecer batalla al enemigo. Está situada aquella villa á la margen izquierda de Guadiana, y á la falda occidental de un cerro en que tiene asiento su antiguo castillo muy deteriorado, y cuyo pié baña el mencionado rio. Merece particular memoria haber sido Medellín cuna del gran Hernan Cortes, existiendo todavía entónces, calle de la Feria, la casa en que nació; mas despues de la batalla de que vamos á hablar, fué destruida por los franceses, no quedando ahora sino algunos restos de las paredes. Llegase á Medellín viniendo de Trujillo por una larga puente, y por el otro lado abrese una espaciosa llanura despojada de árboles, y que yace entre la madre del rio, la villa de Don Benito, y el pueblo de Mingabril. Cuesta trajo allí su gente en número de 20,000 infantes y 2000 caballos, desplegándose en una línea de una legua de largo, á manera de media luna, y sin dejar la menor reserva. Consta ba la izquierda, colocada del lado de Mingabril, de la vanguardia y primera division, regidas por Don Juan de Henestrosa y el duque del Parque; el centro avanzado, y enfrente de Don Benito le guarne-

cia la segunda division del mando de Trias; y la derecha, arrimada al Guadiana, se componia de la tercera division del cargo del marqués de Portago, y de la fuerza traída por el duque de Alburquerque, formando un cuerpo que gobernaba el teniente general Don Francisco de Eguía. Situóse Don Gregorio de la Cuesta en la izquierda, desde donde por ser el terreno algo mas elevado descubria la campaña: tambien colocó del mismo lado casi toda la caballería, siendo el mas amenazado por el enemigo. Eran las once de la mañana cuando los franceses, saliendo de Medellín, empezaron á ordenarse á poca distancia de la villa, describiendo un arco de círculo comprendido entre el Guadiana y una quebrada de arbolado y viñedo que va de Medellín á Mingabril. Estaba en su ala izquierda la division de caballería ligera del general Lasalle, en el centro una division alemana de infantería, y á la derecha la de dragones del general Latour-Maubourg, quedando de respeto las divisiones de infantería de los generales Villate y Ruffin. El total de la fuerza ascendia á 18,000 infantes y cerca de 3000 caballos; mandaba en gefe el mariscal Victor. Dió principio á la pelea la division alemana, y cargando dos regimientos de dragones, repeliólos nuestra infantería que avanzaba con intrepidez. Durante dos horas lidiaron los franceses, retirándose lentamente y en silencio: nuestra izquierda progresaba, y el centro y la derecha cerraban de cerca al enemigo, cuya ala siniestra cejó hasta un re-

codo que forma el Guadiana al acercarse á Medellín. Las tropas ligeras de los españoles, esparcidas por el llano, amedrentaban por su número y arrojo á los tiradores del enemigo; y como si ya estuviesen seguras de la victoria, anunciaban con grande algazara que los campos de Medellín serian el sepulcro de los franceses. Por todas partes ganaba terreno el grueso de nuestra línea, y ya la izquierda iba á posesionarse de una batería enemiga á la sazón que los regimientos de caballería de Almanza y el Infante, y dos escuadrones de cazadores imperiales de Toledo, en vez de cargar á los contrarios volvieron grupa, y atropellándose unos á otros huyeron al galope vergonzosamente. En vano Don José de Zayas, oficial de gran valor y pericia, y que en realidad mandaba la vanguardia, en vano les gritaba acompañado de sus infantes firmes y serenos, „¡qué es esto? Alto la caballería. Volvamos á ellos, que son nuestros. . . .” Nada escuchaban, el pavor habia embargado sus sentidos. Don Gregorio de la Cuesta al advertir tamaño baldon, partió aceleradamente para contener el desórden; mas atropellado y derribado de su caballo, estuvo próximo á caer en manos de los ginetes enemigos, que pasando adelante en su carga, afortunadamente no le percibieron. Aunque herido en el pié, maltratado y rendido con sus años, pudo Cuesta volver á montar á caballo, y libertarse de ser prisionero.

Abandonada nuestra infantería de la izquierda por la caballería, fué desunida y rota, y cayendo

sobre nuestro centro y derecha, que al mismo tiempo eran atacados por su frente, desapareció la formación de nuestra dilatada y endeble línea como hilera de naipes. El duque de Alburquerque fué el solo que pudo por algun tiempo conservar el órden, para tomar una loma plantada de viña que habia á espaldas del llano; pero estrechada su gente por los dispersos, y aterrada con los gritos de los acuchillados, desarreglóse simultáneamente, corriendo á guarecerse de los viñedos. Desde entónces todo el ejército no presentó ya otra forma sino la de una muchedumbre desbandada, huyendo á toda priesa de la caballería enemiga, que hizo gran mortandad en nuestros pobres infantes. Durante mucho tiempo los huesos de los que allí perecieron se percibian y blanqueaban, contrastando su color macilento en tan hermoso llano con el verde y matizadas flores de la primavera. Fué nuestra pérdida entre muertos, heridos y prisioneros de 10,000 hombres; la de los franceses, aunque bastante inferior, no dejó de ser considerable.

Así terminó y tan desgraciadamente la batalla de Medellín. Gloriosa para la infantería, no lo fué para algunos cuerpos de caballería, que castigó severamente Don Gregorio de la Cuesta, suspendiendo á tres coroneles, y quitando á los soldados una pistola hasta que recobrasen en otra acción el honor perdido. Pero por reprehensible que en efecto fuese la conducta de estos, en nada descargaba á Cuesta del temerario arrojo de empeñar una batalla

campal con tropas bisonas y no bien disciplinadas, en una posicion como la que escogió y en el órden en que lo hizo, sin dejar á sus espaldas cuerpo alguno de reserva. Claro era que rota una vez la línea, quedaba su ejército deshecho, no teniendo en que sostenerse ni punto adonde abrigarse, al paso que los franceses, aun perdida por ellos la batalla, podian cubrirse detras de unas huertas cerradas con tapia que habia á la salida de Medellin, y escudarse luego con el mismo pueblo desamparado de los vecinos, apoyándose en el cerro del Castillo. Don Gregorio de la Cuesta con los restos de su ejército se retiró á Monasterio, límite de Extremadura y Andalucía, y en cuyo fuerte sitio debiera haber aguardado á los franceses si hubiera procedido como general entendido y prudente.

Sus resultados.

Determinaciones de la central.

La junta central al saber la rota de Medellin no sintió decaido su ánimo, á pesar del peligro que de cerca la amagaba. Elevó á la dignidad de capitán general á Don Gregorio de la Cuesta, al paso que temia su antiguo resentimiento en caso de que hubiese triunfado, y repartió mercedes á los que se habian conducido honrosamente, no ménos que á los huérfanos y viudas de los muertos en la batalla. Púsose tambien el ejército de la Mancha á las órdenes de Cuesta, aunque se nombró para mandarle de cerca á Don Francisco Venegas, restablecido de una larga enfermedad, y fué llamado el conde de Cartaojal, cuya conducta apareció muy digna de censura por lo ocurrido en Ciudad Real, pues

Venegas cede á Cartaojal.

allí no hubo sino desórden y confusion, y por lo ménos en Medellin se habia peleado.

Ahora haciendo corta pausa, séanos lícito examinar la opinion de ciertos escritores, que al ver tantas derrotas y dispersiones han querido privar á los españoles de la gloria adquirida en la guerra de la independenciam. Pocos son en verdad los que tal han intentado, y en alguno muéstrase á las claras la mala fé, alterando ó desfigurando los hechos mas conocidos. En los que no han obrado impelidos de mezquinas y reprehensibles pasiones, descúbrese luego el origen de su error en aquel empeño de querer juzgar la defensa de España como el comun de las guerras, y no segun deben juzgarse las patrióticas y nacionales. En las unas gradúase su mérito conforme á reglas militares; en las otras, ateniéndose á la constancia y duracion de la resistencia. „Median imperios (decia Napoleon en Leipzig) entre ganar ó perder una batalla.” Y decíalo con razon en la situacion en que se hallaba; pero no así á haber sostenido la Francia su causa, como lo hizo con la de la libertad al principio de la revolucion. La Holanda, los Estados-Unidos, todas las naciones en fin, que se han visto en el caso de España, comenzaron por padecer descalabros y completas derrotas, hasta que la continuacion de la guerra convirtió en soldados á los que no eran sino meros ciudadanos. Con mayor fundamento debia acaecer lo mismo entre nosotros. La Francia era una nacion vecina, rica y poderosa, de donde sin

Reflexiones.

apuro podian á cada paso llegar refuerzos. Sus ejércitos en gran parte no eran puramente mercenarios: producto de su revolucion conservaban cierto apego al nombre de patria, y quince años de guerra y de esclarecidos triunfos les habian dado la pericia y confianza de invencibles conquistadores. Austriacos, prusianos, rusos, ingleses, preparados de antemano con cuantiosos medios, con tropas antiguas y bien disciplinadas, les habian cedido el campo en repetidas lides. ¿Qué extraño pues sucediese otro tanto á los españoles en batallas campales, en que el saber y maña en evoluciones y maniobras valian mas que los ímpetus briosos del patriotismo? Al empezar la insurreccion en mayo, ya vimos cuán desapercibida estaba España para la guerra con 40,000 soldados escasos, inexpertos y mal acondicionados; dueños los franceses de muchas plazas fuertes, y teniendo 100,000 hombres en el corazon del reino. Y sin embargo, ¿qué no se hizo? En los primeros meses, victoriosos los españoles en casi todas partes, estrecharon á sus contrarios contra el Pirineo. Cuando despues reforzados estos inundaron con sus huestes los campos peninsulares, y oprimieron con su superioridad y destreza á nuestros ejércitos, la nacion ni se desalentó, ni se sometieron los pueblos fácil ni voluntariamente. Y en enero embarcados los ingleses, solos los españoles teniendo contra sí mas de 200,000 enemigos, mirada ya en Europa como perdida su justísima causa, no sólo se desdeñó todo acomodamiento, sino que

peleándose por do quiera transitaban franceses, aparecieron de nuevo ejércitos que osaron aventurar batallas, desgraciadas es cierto, pero que mostraban los redoblados esfuerzos que se hacian, y lo porfiadamente que habia de sustentarse la lucha empeñada. Cometiéronse graves faltas, descubrióse á las claras la impericia de varios generales, lo bisoño de nuestros soldados, el abandono y atraso en que el anterior gobierno habia tenido el ramo militar como los demas; pero brilló con luz muy pura el elevado carácter de la nacion, la sobriedad y valor de sus habitadores, su desprendimiento, su conformidad é inalterable constancia en los reveses y trabajos, virtudes raras, exquisitas, mas difíciles de adquirir que la táctica y disciplina de tropas mercenarias. Abulte en buen hora la envidia, el despecho, la ignorancia, los errores en que incurrimos: su voz nunca ahogará la de la verdad, ni podrá desmentir lo que han estampado en sus obras y casi siempre con admirable imparcialidad muchos de los que entónces eran enemigos nuestros, y señaladamente los dignos escritores Foy, Suchet y Saint-Cyr, que mandando á los suyos pudieron mejor que otros apreciar la resistencia y el mérito de los españoles.

Volvamos ya á nuestro propósito. Ocurridas las jornadas de Ciudad Real y Medellin, pensó el gobierno de José ser aquella buena sazón para tantear al de Sevilla, y entrar en algun acomodamiento. Salió de Madrid con la comision Don Joaquin Ma-

Comision de Sotelo.

ría Sotelo, magistrado que gozaba ántes del concepto de hombre ilustrado, y que deteniéndose en Mérida dirigió desde allí al presidente de la junta central, por medio del general Cuesta, un pliego con fecha de 12 de abril, en el que anunciando estar autorizado por José para tratar con la junta el modo de remediar los males que ya habian experimentado las provincias ocupadas, y el de evitar los de aquellas que todavía no lo estaban, invitaba á que se nombrase al efecto por la misma junta una ó mas personas que se abocasen con él. La central sin contestar en derechura á Sotelo, mandó á Don Gregorio de la Cuesta que le comunicase el acuerdo que de resultas habia formado, justo y enérgico, concebido en estos términos. „Si Sotelo trae poderes bastantes para tratar de la restitution de nuestro amado rey, y de que las tropas francesas evaquen al instante todo el territorio español, hágalos públicos en la forma reconocida por todas las naciones, y se le oirá con anuencia de nuestros aliados. De no ser asi, la junta no puede faltar á la calidad de los poderes de que está revestida, ni á la voluntad nacional, que es de no escuchar pacto, ni admitir tregua, ni ajustar transacion que no sea establecida sobre aquellas bases de eterna necesidad y justicia. Cualquiera otra especie de negociacion, sin salvar al estado, envilecería á la junta, la cual se ha obligado solemnemente á sepultarse primero entre las ruinas de la monarquía, que á oír proposicion alguna en mengua del honor

Respuesta de la central.

„é independencia del nombre español.” Insistió Sotelo respondiendo con una carta bastantemente moderada; mas la junta se limitó á mandar á Cuesta repetiese el mencionado acuerdo, „advirtiendo á Sotelo que aquella seria la última contestacion que recibiría mientras los franceses no se allanasen lisa y llanamente á lo que habia manifestado la junta.” No pasó por consiguiente mas adelante esta negociacion, emprendida quizá con sano intento; pero que entónces se interpretó mal, y dañó al anterior buen nombre del comisionado.

Tambien por la parte de la Mancha se hicieron al mismo tiempo iguales tentativas, escribiendo el general frances Sebastiani, que allí mandaba, á Don Gaspar Melchor de Jovellanos, individuo de la central, á Don Francisco de Saavedra, ministro de hacienda, y al general del ejército de la Carolina Don Francisco Venégas. Es curiosa esta correspondencia, por colegirse de ella el modo diverso que tenian entónces de juzgar las cosas de España los franceses y los nacionales. Como seria prolijo insertarla íntegra, hemos preferido no copiar sino la carta del general Sebastiani á Jovellanos, y la contestacion de este. „Señor, la reputacion de que gozais en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la patria, el deseo que manifestais de verla feliz, deben haceros abandonar un partido que solo combate por la inquisicion, por mantener las preocupaciones, por el interes de algunos

Carta de Sebastiani á Jovellanos y otros.

[1 Apr. 63]

Carta de Sebastiani al Señor Jovellanos.

„grandes de España, y por los de la Inglaterra.  
 „Prolongar esta lucha es querer aumentar las des-  
 „gracias de la España. Un hombre cual vos sois,  
 „conocido por su carácter y sus talentos, debe co-  
 „nocer que la España puede esperar el resultado  
 „mas feliz de la sumision á un rey justo é ilustra-  
 „do, cuyo genio y generosidad deben atraerle á to-  
 „dos los españoles que desean la tranquilidad  
 „prosperidad de su patria. La libertad constitucio-  
 „nal bajo un gobierno monárquico, el libre ejercicio  
 „de vuestra religion, la destruccion de los obstácu-  
 „los que varios siglos ha se oponen á la regenera-  
 „cion de esta bella nacion, serán el resultado feliz  
 „de la constitucion que os ha dado el genio vasto y  
 „sublime del emperador. Despedazados con faccio-  
 „nes, abandonados por los ingleses, que jamas tu-  
 „vieron otros proyectos que el de debilitaros, el ro-  
 „baros vuestras flotas y destruir vuestro comercio,  
 „haciendo de Cádiz un nuevo Gibraltar, no podeis  
 „ser sordos á la voz de la patria, que os pide la paz  
 „y la tranquilidad. Trabajad en ella de acuerdo  
 „con nosotros, y que la energía de España solo se  
 „emplee desde hoy en cimentar su verdadera felici-  
 „dad. Os presento una gloriosa carrera; no dudo  
 „que acojais con gusto la ocasion de ser útil al rey  
 „José y á vuestros conciudadanos. Conoceis la  
 „fuerza y el número de nuestros ejércitos, sabeis  
 „que el partido en que os hallais no ha obtenido la  
 „menor vislumbre de suceso: hubiérais llorado un  
 „dia si las victorias le hubieran coronado; pero el

„Todopoderoso en su infinita bondad os ha liberta-  
 „do de esta desgracia.  
 „Estoy pronto á entablar comunicacion con vos,  
 „y daros pruebas de mi alta consideracion.—Ho-  
 „racio Sebastiani.”  
 „Señor general: Yo no sigo un partido, sigo la  
 „santa y justa causa que sigue mi patria, que uná-  
 „nimemente adoptamos los que recibimos de su ma-  
 „no el augusto encargo de defenderla y regirla, y  
 „que todos habemos jurado seguir y sostener á cos-  
 „ta de nuestras vidas. No lidiamos, como preten-  
 „deis, por la inquisicion ni por soñadas preocupa-  
 „ciones, ni por el interes de los grandes de Espa-  
 „ña; lidiamos por los preciosos derechos de nuestro  
 „rey, nuestra religion, nuestra constitucion y nues-  
 „tra independenciam. Ni creais que el deseo de con-  
 „servarlos esté distante del de destruir los obstácu-  
 „los que puedan oponerse á este fin; ántes por el  
 „contrario, y para usar de vuestra frase, el deseo y  
 „el propósito de regenerar la España y levantarla  
 „al grado de esplendor que ha tenido algun dia, es  
 „mirado por nosotros como una de nuestras princi-  
 „pales obligaciones. Acaso no pasará mucho tiem-  
 „po sin que la Francia y la Europa entera reco-  
 „nozcan que la misma nacion que sabe sostener  
 „con tanto valor y constancia la causa de su rey y  
 „de su libertad contra una agresion tanto mas in-  
 „justa cuanto ménos debia esperarla de los que se  
 „decian sus primeros amigos, tiene tambien bastan-  
 „te celo, firmeza y sabiduria para corregir los abu-

Contestacion  
del Señor Jo-  
vellanos.

„sos que la condujeron insensiblemente á la horro-  
 „rosa suerte que le preparaban. No hay alma sen-  
 „sible que no llore los atroces males que esta agre-  
 „sion ha derramado sobre unos pueblos inocentes,  
 „á quienes despues de pretender denigrarlos con el  
 „infame título de rebeldes, se niega aun aquella hu-  
 „manidad que el derecho de la guerra exige y en-  
 „cuentra en los mas bárbaros enemigos. Pero ¿á  
 „quién serán imputados estos males? ¿A los que los  
 „causan violando todos los principios de la natura-  
 „leza y la justicia, ó á los que lidian generosamen-  
 „te para defenderse de ellos, y alejarlos de una vez  
 „y para siempre de esta grande y noble nacion?  
 „Porque, señor general, no os dejéis alucinar: estos  
 „sentimientos que tengo el honor de expresar, son  
 „los de la nacion entera, sin que haya en ella un  
 „solo hombre bueno, aun entre los que vuestras ar-  
 „mas oprimen; que no sienta en su pecho la noble  
 „llama que arde en el de sus defensores. Hablar de  
 „nuestros aliados fuera impertinente, si vuestra car-  
 „ta no me obligase á decir en honor suyo, que los  
 „propósitos que les atribuis son tan injuriosos, co-  
 „mo agenos de la generosidad con que la nacion  
 „inglesa ofreció su amistad y sus auxilios á nues-  
 „tras provincias, cuando desarmadas y empobreci-  
 „das las imploraron, desde los primeros pasos de la  
 „opresion con que la amenazaban sus amigos.  
 „En fin, señor general, yo estaré muy dispuesto  
 „á respetar los humanos y filosóficos principios,  
 „que segun nos decis profesa vuestro rey José, quan-

„do vea que ausentándose de nuestro territorio re-  
 „conozca que una nacion, cuya desolacion se ha-  
 „ce actualmente á su nombre por vuestros soldados,  
 „no es el teatro mas propio para desplegarlos. Es-  
 „te seria ciertamente un triunfo digno de su filoso-  
 „fia; y vos, señor general, si estais penetrado de los  
 „sentimientos que ella inspira, debereis gloriaros  
 „tambien de concurrir á este triunfo para que os  
 „toque alguna parte de nuestra admiracion y nues-  
 „tro reconocimiento. Solo en este caso me permiti-  
 „rán mi honor y mis sentimientos entrar con vos  
 „en la comunicacion que me proponeis, si la su-  
 „prema junta central lo aprobare. Entre tanto re-  
 „cibid, señor general, la expresion de mi sincera  
 „gratitud por el honor con que personalmente me  
 „tratais, seguro de la consideracion que os profeso.  
 „Sevilla 24 de abril de 1809.—Gaspar de Jovella-  
 „nos.—Exmo. señor general Horacio Sebastiani.”

Esta respuesta, digna de la pluma y del patrio-  
 tismo de su autor, fué muy aplaudida en todo el rei-  
 no, así por su noble y elevado estilo, como por re-  
 tratarse en su contenido los verdaderos sentimien-  
 tos que animaban á la gran mayoría de la nacion.

Semejantes tentativas de conciliacion, prescin-  
 diendo de lo impracticables que eran, parecieron  
 entónces, á pesar de tantas desgracias, mas fuera  
 de sazón por la guerra que empezaba en Alemania.  
 Temores de ella que no tardaron en realizarse, ha-  
 bian, segun se dijo, estimulado á Napoleon á salir  
 precipitadamente de España. No olvidando nunca

el Austria las desventajosas paces á que se habia visto forzada desde la revolucion francesa, y sobre todo la última de Presburgo, estaba siempre en acecho para no desperdiciar ocasion de volver por su honra y de recobrar lo perdido. Parecióle muy oportuna la de la insurreccion española que produjo en toda Europa impresion vivísima, y siguió aquel gobierno cuidadosamente el hilo de tan grave acontecimiento. Demasiadamente abatida el Austria desde la última guerra, no podia por de pronto mostrar á las claras su propósito ántes de prepararse y estar segura de que continuaba la resistencia peninsular. En Erfurth mantívose amiga de Francia, mas con cierta reserva, y solo difirió bajo especiosos pretextos el reconocimiento de José. Napoleon, aunque receloso, confiando en que si apagaba pronto la insurreccion de España, nadie se atreveria á levantar el grito, sacó para ello, conforme insinuamos, gran golpe de gente de Alemania, y dió de este modo nuevo aliento al Austria que disimuladamente aceleró los preparativos de guerra. En los primeros meses del año 1809, dicha potencia comenzó á quitarse el embozo publicando una especie de manifiesto, en que declaraba queria ponerse al abrigo de cualquiera empresa contra su independencia, y al fin arrojóle del todo en 9 de abril, en que el archiduque Carlos mandando su grande y principal ejército, abrió la campaña por medio de un aviso y atravesó el Inn, rió que separa la Baviera de los estados austriacos. Lo poco

prevenido que cogia á Napoleon esta guerra, las formidables fuerzas que de súbito desplegó el Austria, las muchas que Francia tenia en España, y lo desabrida que se mostraba la voz pública en el mismo imperio frances, daba á todos fundamento para creer que la primera alcanzaria victorias, de cuyas resultas tal vez se cambiaria la faz política de Europa. Para contribuir á ello y no desaprovechar la oportunidad, envió la junta central á Viena, como plenipotenciario suyo, á Don Eusebio de Bardaji y Azara, y aquella corte autorizó á Mr. Genotte en calidad de encargado de negocios cerca del gobierno de Sevilla. Verémos luego cuán poco correspondió el éxito á esperanzas tan bien concebidas.

Ahora, despues de haber referido lo que ocurrió durante estos meses en las provincias meridionales de España, será bien que hablemos de Cataluña y de las demas partes del reino. En aquella, los ánimos habian andado perturbados despues de las acciones perdidas, y de las voces y amenazas que venian de Aragon y varios puntos. Sin embargo, en Tarragona no habrá olvidado el lector como la turbacion no pasó de ciertos límites, luego que Vives dejó el mando y recayó este en Reding, mas en Lérida manchóse con sangre. Fué el caso, que en 1.º de enero habiendo introducido en la plaza de dia y sin precaucion varios prisioneros franceses, alborotándose á su vista el vecindario y vociferando palabras de muerte, forzó el castillo á donde

Cataluña.

Alboroto de Lérida.



aquellos habian sido conducidos. Estaban tambien dentro encerrados el oidor de la audiencia de Barcelona Don Manuel Fortuny y su esposa, con otros cuatro ó cinco individuos tachados, con razon ó sin ella, de infidencia. Ciega la muchedumbre penetró en lo interior y mató á estos desgraciados y á varios de los prisioneros franceses. Duró tres dias la sublevacion, hasta que llegaron 300 soldados que envió el general Reding, con cuyo refuerzo y las prudentes exhortaciones del gobernador Don José Casimiro Lavalle, del obispo y otras personas, se sosegó el bullicio. Los principales sediciosos recibieron despues justo y severo castigo: siendo muy de sentir que las autoridades andando mas precavidas no hubiesen evitado de antemano tan lamentable suceso.

Reding en Tarragona.

Por su parte Don Teodoro Reding, con nuevos cuépos que llegaron de Granada y Mallorca, y con reclutas, habia ido completando su ejército desde diciembre hasta febrero, en cuyo espacio de tiempo habia permanecido tranquilo el de los franceses sin empeñarse en grandes empresas: teniendo para proveerse de víveres que hacer excursiones en que perdió hombres y consumió 2.000.000 de cartuchos. El plan que en Tarragona siguió al principio el general Reding, fué prudente, escarmentado con lo sucedido en Llinas y Molins de Rey. Era obra de Don José Joaquin Marti, y consistia en no trabar acciones campales, en molestar al enemigo al abrigo de las plazas y puntos fragosos, en mejo-

Plan prudente de Marti.

rar así sucesivamente la instruccion y disciplina del ejército, y en convertir la principal defensa en una guerra de montaña, segun convenia á la índole de los naturales y al terreno en que se lidiaba. Todos concurrían con entusiasmo á alcanzar el objeto propuesto, y la junta corregimental de Tarragona mostró acendrado patriotismo en facilitar caudales, en acuñar la plata de las iglesias y de los particulares, y en proporcionar víveres y prendas de vestuario. Quiso sujetar á regla á los miqueletes, pero encontró la medida grande obstáculo en las costumbres y antiguos usos de los catalanes.

En sus demas partes, por juicioso que fuese el plan adoptado, no se persistió largo tiempo en llevarle adelante. Contribuyó á alterarle el marques de Lazan, que habiendo sido llamado de Gerona con la division de 6 á 7000 hombres que mandaba, llegó á la línea española en sazón de estar apurada Zaragoza. Interesado particularmente en su conservacion, propuso el marques y se aprobó que pasaria la sierra de Alcubierre con la fuerza de su mando, y que prestaria, si le era dado, algun auxilio á aquella ciudad. Llenos entónces los españoles de admiracion y respeto por la defensa que allí se hacia, murmuraban de que mayores fuerzas no volasen al socorro, pareciéndoles cosa fácil desembarazarse en una batalla del ejército del general Saint-Cyr. Habia crecido el aliento de resultas de algunas cortas ventajas obtenidas en reencuentros parciales, y sobre todo porque retirándose el enemigo

Varfasc.

y reconcentrándose mas y mas, atribuyóse á rece-  
lo lo que no era sino precaucion. Aveníase bien con  
el osado espíritu de Reding la voz popular, y cun-  
diendo esta con rapidez, resolvió aquel caudillo dar  
un ataque general; sobreponiéndose á las justas re-  
flexiones de algunos gefes cuerdos y experimenta-  
dos. Movíanle igualmente las esperanzas que le da-  
ban secretas relaciones de que Barcelona se levan-  
taria al tiempo que su ejército se aproximase.

Situacion del  
ejército espa-  
ñol.

Se hallaba este en Tarragona esparcido en una  
enorme línea de diez y seis leguas, que partiendo de  
aquella ciudad se extendia hasta Olesa por el Coll  
de Santa Cristina, la Llacuna, Igualada y el Bruch.  
Las tropas de dicha línea que estaban fuera de Tar-  
ragona pasaban de 15,000 hombres, y las manda-  
ba D. Juan Bautista de Castro. Las que habia den-  
tro de la plaza á las órdenes inmediatas del general  
en gefe Don Teodoro Reding ascendian á unos  
10,000 hombres. Segun el plan de ataque que se  
concertó, debia el general Castro avanzar é inter-  
ponerse entre el enemigo y Barcelona, al paso que  
el general Reding apareceria con 8000 hombres en  
el Coll de Santa Cristina, descolgándose tambien  
de las montañas y por todos lados los somatenes.

Le atacan los  
franceses.

Los franceses en número de 18,000 hombres se  
alojaban en el Panadés, y su general en gefe habia  
dejado maniobrar con toda libertad al de los espa-  
ñoles, confiado en que fácilmente rompería la in-  
mensa línea dentro de la cual se presumia envol-  
verle. Por fin el 16 de febrero cuando vió que iba á

ser atacado, se anticipó tomando la ofensiva. Para  
ello despues de haber dejado en el Vendrell la divi-  
sion del general Souham, salió de Villafranca con  
la de Pino, debiéndosele juntar las de los generales  
Chavot y Chabran cerca de Capelladas, y compo-  
niendo las tres 11,000 hombres. Antes de que se  
uniesen se habian encontrado las tropas del general  
Chavot con los españoles, cuyas guerrillas al man-  
do de Don Sebastián Ramirez habian rechazado  
las del enemigo y cogido mas de 100 prisioneros,  
entre los que se contó al coronel Carrascosa. Sacó  
de apuro á los suyos la llegada del general Saint-  
Cyr, quien repelió á los nuestros, y maniobrando  
despues con su acostumbrada destreza, atravesó la  
línea española en la direccion de la Llacuna, y con  
un movimiento por el costado se apareció súbita-  
mente á la vista de Igualada, y sorprendió al gene-  
ral Castro, que se imaginaba que solo seria ataca-  
do por el frente. Vuelto de su error, apresurada-  
mente se retiró á Montmeneu y Cervera, á cuyos  
parages cieron tambien en bastante desórden las  
tropas mas avanzadas. Los enemigos se apodera-  
ron en Igualada de muchos acopios de que tenian  
premiosa necesidad, y recobraron los prisioneros  
que habian perdido la víspera en Capelladas.

Entran en  
Igualada.

Habiendo cortado de este modo el general Saint-  
Cyr la línea española, trató de revolver sobre su iz-  
quierda para destruir las tropas que guarecian los  
puntos de aquel lado, y unirse al general Souham.  
Dejó en Igualada á los generales Chavot y Cha-

Movimientos  
de Saint-Cyr y  
Reding.

bran, y partió el 18 la vuelta de San Magin, de donde desalojó al brigadier Don Miguel Iranzo, obligándole á recogerse al monasterio de Santas Cruces, cuyas puertas en vano intentó el general frances que se le abriesen ni por fuerza ni por capitulación.

Noticioso en tanto Don Teodoro Reding de lo acaecido con Castro, salió de Tarragona acompañado de una brigada de artillería, 300 caballos y un batallon de suizos, con objeto de unir los dispersos y libertar al brigadier Iranzo. Consiguio que este y una parte considerable de la demas tropa se le agregasen en el Plá, Sarreal y Santa Coloma. Pero Saint-Cyr, temeroso de ser atacado por fuerzas superiores, estando solo con la division de Pino, procuró unirse á la de Souham, y colocarse entre Tarragona y D. Teodoro Reding. Advertido este del movimiento del enemigo, decidió retroceder á aquella plaza, dejando á cargo de Don Luis Wimpffen unos 5000 hombres que cubriesen el corregimiento de Manresa, y observasen á los franceses que habian quedado en Igualada. Se mandó asimismo á Wimpffen proteger al somaten del Vallés y á los inmediatos destinados á ayudar la proyectada conspiracion de Barcelona. Movióse despues Reding hácia Mont-blanch llevando 10,000 hombres, y el 24 congregó á junta para resolver definitivamente si retrocederia á Tarragona, ó si iria al encuentro de los franceses: tanto pesaba á su atrevido ánimo volver la espalda sin combatir. En el consejo opinaron

muchos por enriscarse del lado de Prades y enderezar la marcha á Constantí enviando la artillería á Lérida: otros, y fué lo que se decidió, pensaron ser mas honroso caminar con la artillería y los bagages por la carretera que pasando entre el Coll de Riba y orillas del Francolí va á Tarragona, mas con la advertencia de no buscar al enemigo, ni de esquivar tampoco su encuentro si provocase á la pelea. Empeñóse la marcha, y el 25 al rayar el alba, despues de cruzar el puente de Goy, tropezaron los nuestros con la gran guardia de los franceses, la cual haciendo dos descargas se recogió al cuerpo de su division, que era la del general Souham situada en las alturas de Valls.

Don Teodoro Reding en vez de proseguir su marcha á Tarragona, conforme á lo acordado, retrocedió con la vanguardia y se unió al grueso del ejército que estaba en la orilla derecha del Francolí, colocado en la cima de unas colinas. Tomada esta determinacion empeñóse luego una accion general, á la que sobre todo alentó haber nuestras tropas ligeras rechazado á las enemigas. El general Castro regia la derecha española; quedó la izquierda y centro al cargo del general Martí.

La fuerza de los franceses consistia únicamente hasta entónces en la division de Souham, que teniendo su derecha del lado de Plá apoyaba su izquierda en el Francolí. En aquel pueblo permanecia el general Saint-Cyr con la division de Pino, cuya vanguardia cubria el boquete de Coll de Cabra.

Batalla de  
Valls.